

Mensaje de Juan Pablo II para la jornada mundial de la paz “Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre”

En doce páginas, Juan Pablo II nos ofrece suficientes puntos de agenda para una reflexión “secular”. Secular quiere decir aquí una reflexión sobre el siglo que termina. Es posible resumir este mensaje en un sistema de coordenadas, donde las dos variables interdependientes, guerra y pobreza, han venido gestando una descomposición y un deterioro de la dignidad humana. El mismo título es llamativo: “Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre”. Otro hubieran dicho: “si quieres la paz, participa en las conferencias de desarmamentización y asesora bien al consejo de seguridad de las Naciones Unidas”. No es que este segundo consejo sea desatinado, cuando el 50 por ciento de la producción mundial del siglo XX ha sido bélica y armamentística. Precisamente, el mensaje papal se inicia en el escenario de la “dramática situación en que se encuentra la Bosnia Herzegovina”. Más adelante menciona las guerras civiles y las crueles luchas étnicas en cuatro de los cinco continentes. A los ojos del Papa, la guerra tiene íntima correlación con la pobreza y, por lo tanto, también la paz.

Si la guerra ha sido el compañero de viaje del siglo XX, no lo ha sido menos la extrema pobreza con la cualificación de miseria, que no sólo ha ido creciendo cuantitativamente, sino cualitativa e irracionalmente. “La desigualdad entre los ricos y pobres se ha hecho más evidente, incluso en las naciones más desarrolladas económicamente” (p.

4). Por este motivo se distanciaron y se enfrentaron, en guerras calientes y frías, los dos grandes sistemas sociopolíticos; y el resultado es que a final del siglo hay más pobreza mundial. Este es un serio cuestionamiento a ambos sistemas económicos, tal como aparece en las últimas encíclicas: *La preocupación de la Iglesia* (1987) y *Centesimus Annus* (1991), donde al Papa utiliza varias veces el término de “pecado estructural” para calificar el llamado orden internacional. Recientes datos de la CEPAL nos dicen que en 1990 hay 185 millones de pobres en América Latina; 73 millones más que en 1980. Los pobres son el 44 por ciento de una población, estimada en 448 millones para 1990. Sobra decir que nuestro plan de reconstrucción nacional eleva nuestra cifra de pobreza a los dos tercios de la población salvadoreña.

La reciente conferencia del episcopado latinoamericano, reunida en Santo Domingo, en octubre de 1992, se propone y nos propone como tarea una nueva evangelización: “Los obispos han recordado la gran misión que debe coordinar los esfuerzos de todos: defender la dignidad de la persona, comprometerse a una distribución equitativa de los bienes, promover de manera armónica y solidaria una sociedad donde cada uno se sienta acogido y amado. Estos son, como se puede ver, los presupuestos imprescindibles para construir la verdadera paz” (p. 5). Sin duda estas palabras nos suenan a



la letra y al espíritu de nuestros “acuerdos de paz”. El problema o la difícil ecuación de la paz es que estamos de acuerdo con la paz, pero no tanto con estos presupuestos imprescindibles para construir la verdadera paz. Y esta es la nueva evangelización para 1993 y...

Las páginas centrales del mensaje desarrollan, no una tesis, sino una larga experiencia histórica, que a nosotros nos ha costado doce años entender y creer: “La opción inhumana de la guerra” (pp. 5-6), “Pobreza como fuente de conflictos” (pp. 7-10) y “Pobreza como resultado del conflicto” (pp. 10-12). Decíamos antes que el contenido de este mensaje papal lo podemos encerrar en un sistema de coordenadas donde la pobreza se presenta como la “fuente de conflictos” y “la guerra es la solución inhumana” que mata la vida e incrementa la pobreza. Doce o veinte años de experiencia dolorosa son más que un botón de muestra. Por ello, no nos vamos a extender sobre lo que tanto se ha escrito en esta misma revista desde los primeros años de la década pasada y sobre lo que tanto se ha hablado en el pasado año 1992. Sí merece la pena, de cara a 1993 y a los siguientes años, recordar con el

Papa tres inquietantes problemas “que afectan a los pobres y, como consecuencia, amenazan la paz”.

El primero es *el problema de la deuda externa*, “que para algunos países y en ellos para los sectores sociales menos pudientes, sigue siendo un peso insoportable”. Ante un tema bastante complejo en su explicación, en sus cifras crecientes y en las soluciones propuestas, sólo hay lugar aquí para trasladar tres cuestionamientos planteados en el mensaje y ante los cuales tenemos que decir, ese es nuestro caso. Juan Pablo II se pregunta: “¿No son quizá los sectores más pobres de dichos países los que tienen que sostener la carga mayor de la devolución...? Las condiciones de la devolución total o parcial deben ser revisadas, buscando soluciones definitivas que permitan afrontar *las graves consecuencias sociales de los programas de ajuste estructural*. Además, será necesario actuar sobre las causas del endeudamiento, condicionando las concesiones de las ayudas a que los gobiernos asuman el compromiso concreto de reducir gastos excesivos e inútiles —se piensa particularmente en los gastos para armamento— y garantizar que las subvenciones lleguen efectivamente a las pobla-

ciones necesitadas" (p. 9).

Si el problema de la deuda externa se va gestando a lo largo de la década de 1970 y se convierte en impagable desde los inicios de 1980, al llegar a la presente década se puede decir, en cierto sentido, que el pago de la deuda externa se convierte en el eje inspirador del nuevo modelo económico y de los programas de ajuste estructural: "deben, luego deben pagar" es la premisa de arranque de la nueva economía. En la primera semana de enero, el arzobispo de San Salvador convocó a todas las vicarías parroquiales para un triduo de reflexión del presente mensaje. Un resumen de lo allí expuesto, en forma sencilla, puede leerse en *Carta a las Iglesias* (273, 1-15 de enero de 1993). Un resumen de dicho resumen vendría a decir que quienes más se han beneficiado de las inversiones públicas, de las exenciones y subvenciones fiscales que gravaron los presupuestos públicos en los años de 1960-1970, y quienes más aplaudieron la solución por la guerra, gran causal de nuestra deuda externa, son quienes tradicionalmente contribuyen en menor proporción a solventar con sus impuestos el servicio de esa deuda. Las recientes políticas fiscales emanadas del programa de estabilización y ajuste estructural vuelven una vez más a desgravar a los que tienen más para sobrecargar a los que siempre han tenido menos. Esta es la filosofía neoliberal que nos puede volver a llevar a la teoría del "rebalse" de la paciencia nacional.

Un segundo problema es el de *la droga* (p. 9). Los flujos del tráfico de la droga y del servicio de la deuda externa, junto con el comercio de las armas, tipifican las relaciones norte-sur. En la reunión de mandatarios latinoamericanos, tenida en Madrid el pasado mes de agosto, el presidente de Bolivia dijo mucho en cuatro palabras: "la coca es buena, la cocaína es mala". Quienes producen lo bueno siguen siendo siempre pobres, mientras se enriquecen quienes trafican con lo malo. Un ejemplo más de pecado estructural, al cual el Papa recomienda una solución. "Por eso, lo primero que hay que hacer, para ayudar a los cultivadores a superar esa situación, es afrontar medios adecuados para salir de su pobreza" (p. 10). Sea dicho entre paréntesis que quienes más defienden las teorías del mercado interceptan y controlan las fuerzas de la

oferta y de la demanda cuando entienden que ciertas mercancías descivilizan a su población, tal el caso de la droga; pero no se plantean el mismo cuestionamiento cuando se benefician con las exportaciones de armas y asesores letales. ¿Doble personalidad o doble moralidad? Otra pregunta es: ¿por qué la gente se droga más en naciones más desarrolladas y de allá nos llega la moda?

Un tercer problema cuasi-mundial por su extensión, y también nuestro, es el de las "*corrientes migratorias masivas hacia los países más afortunados*". Valga decir que estas migraciones masivas son hoy en día un aluvión incontenible en el continente europeo. Nuestro diario *El Mundo* (2 de enero de 1993) reprodujo el mismo mapa con el mismo título que había aparecido en varios periódicos europeos: "La invasión que hace temblar a Europa". Nosotros nos hemos hecho tan mercantilistas que no hablamos de los sufrimientos y privaciones de nuestro ya sobrepasado millón de emigrantes hacia Estados Unidos. Pero sí hablamos de los 700 millones de dólares de remesas de emigrantes, que algunos países llaman los "pobre-dólares", que aliviaron y siguen aliviando la penuria de divisas en el país, y que se distinguen de los "rico-dólares", que se fugaron en la década anterior. La preocupación es más bien que esos 700 millones de dólares se puedan ir reduciendo a seis o quinientos millones en los próximos años. Una vez más, los pobres están sosteniendo un modelo que no da muchas muestras de sostener, por sí mismo, a los pobres. Esta tarea subsidiaria, el Estado se la ha confiado al plan de reconstrucción nacional y al FIS, en función de las ayudas externas. La pregunta es, ¿no habrá una modalidad de ayuda interna que se sume a las donaciones y préstamos externos?

En esta dirección camina la parte quinta del mensaje papal: "Espíritu de pobreza como fuente de paz". Aquí el Papa vuelve sobre el tema del comunismo, que ya desarrolló en la parte última de la *Centessimus Annus*, y que tiene mayor aplicación histórica ante la persistente recesión mundial, desde 1990 hasta nuestros días. El siguiente párrafo marca una solución para quebrar el círculo vicioso de guerra-pobreza en que termina el siglo XX. La riqueza de contenido y la inspiración para los intentos actuales para formular modelos econó-

micos y éticos amerita releer el siguiente párrafo. "En los países industrializados la gente está dominada hoy por el ansia frenética de poseer bienes materiales. La sociedad de consumo pone todavía más de relieve la distancia que separa a ricos y pobres, y a la afanosa búsqueda de bienestar impide ver las necesidades de los demás. Para promover el bienestar social, cultural, espiritual e incluso económico de cada miembro de la sociedad, es pues indispensable frenar el consumo inmoderado de bienes materiales y contener la avalancha de las necesidades artificiales. *La moderación y la sencillez deben llegar a ser los criterios de nuestra vida cotidiana.* La cantidad de bienes consumidos por una reducidísima parte de la población mundial produce una demanda excesiva respecto a los recursos disponibles. La reducción de la demanda constituye un primer paso para aliviar la pobreza, si esto va acompañado de esfuerzos eficaces que aseguren una justa distribución de la riqueza mundial" (pp. 12-13).

Lo que el Papa dice para el mundo, nosotros lo debemos aplicar a nivel nacional. Por supuesto sería impertinente tomar estas palabras como simples recomendaciones ascéticas o monacales. Al ser el problema nacional y mundial, esto nos lleva al cuestionamiento de los modelos económicos, los cuales deben ser valorados no por sus intenciones, sino por sus frutos y resultados. Los ecologistas nos dicen, con mucha razón, que el problema actual no es producir más, sino producir menos y distinto. En vez de conservadores, hemos

sido depredadores de los recursos naturales y muchas guerras han surgido por la apropiación y depredación de estos recursos. Más que la defensa de los derechos humanos, han sido los intereses económicos los que explican el inacabado conflicto del Medio Oriente.

Este párrafo un tanto largo merece un comentario y una exposición universitaria en nuestras aulas. Desaparecidos o descompuestos los llamados socialismos reales, más bien irreales, este mensaje recoge una tradición evangélica, que bendice a los pobres con espíritu y tomará cuentas de quienes pasaron de largo, volteando la vista de la pobreza. Sin embargo, las soluciones no conviene remitirlas a tan largo plazo. El modelo neoliberal, los programas de ajuste estructural, los gravámenes del servicio de la deuda externa conllevan tales costos sociales que requieren una remodelación socio-económica. Por ahí caminan los acuerdos de paz entre una contradictoria vertiente de una economía de mercado, que pone como estándar de vida el consumismo del primer mundo, y del otro lado, un plan de reconstrucción nacional que trata de aliviar parcialmente lo más elemental de las mayorías empobrecidas. Esta es la contradicción latente en estos dos ejes económicos difíciles de integrar, salvo que lleguemos a la "elección" de otro esquema y enfoque económico que ponga en su carátula, "La negociación y la sencillez deben llegar a los criterios de nuestra vida cotidiana".

F. J. I.